Pocos días después de la entrevista que tuve con mi padre, se celebró la boda á la cual no asistí.

Aquel día, como todos, fuí á la Universidad, y á mi regreso me encontré con que doña Margarita y su hija estaban ya instaladas en mi casa.

Mi padre me presentó á ellas, diciéndome:

—Tu segunda madre.

—En tí no veré más que á un hijo,—replicó mi madrastra con zalamería.

Mi padre me presentó entonces á Lucrecia, diciéndome:

—Tu hermana.

Yo respondí con algún embarazo, deseando cuanto antes verme libre de su presencia.

---

Al retirarme á mi cuarto, abrí un cajón de mi mesa en el que guardaba un retrato de mi madre.

Le cogí y me puse á darle frenéticos besos.

Las lágrimas acudieron á mis ojos, el corazón se me contrajo, y sentí que una oleada de sangre inundaba mi pecho, al ver que otra mujer ocupaba el puesto de mi santa madre.—al pronunciar estas frases

, y en las circunstancias en que me
s exigencias de mi padre acepté la
que hacía cuanto le era posible por
os como un hombre perdidamente

vió conseguidos sus vanidosos de-

veía, y cediendo á las
unión con el marqués
aparecer ante mis oj
apasionado.

Al fin mi padre
seos.

Fuí la marquesa d

# CAPITULO XCIII

## Asechanzas

Después de algunos instantes empleados en calmar su emoción, el sacerdote continuó:

—Mucho se ha dicho en contra de las madrastras, mas todo resulta pálido para aplicárselo á la que sale mala.

Con especialidad si tienen hijos, su egoismo no alcanza límites, y mientras viven los suyos no pueden querer á los ajenos.

En fin para definir lo que es una madrastra, sobra con recordar lo dicho por el poeta:

«Es verdad, lo dijo Dios,
No hay más que una sola madre,
¡Ay de aquél á quien su padre
Le dé por desgracia dos!»

Tampoco soy de los que afirman que todas las madres políticas son malas, afortunadamente hay excepciones honrosas.

Desde el dia que doña Margarita fué dueña de mi casa, comenzó á arreglarla á su gusto, empleando una habilidad y tacto especial.

Mi padre la dejaba proceder á su capricho.

Cuando ella quería alguna cosa, con objeto de hacerle ver que él era el único jefe de la casa, se lo consultaba.

Como es lógico en un enamorado, mi padre á todo decía que sí.

Además era un hombre sin voluntad, la pasión puso una venda en sus ojos haciéndole ver las cosas del color que mi madrastra se las pintaba.

Prescindiendo de la repugnancia que me producía ver á otra mujer ocupando el puesto de mi santa madre, me hallaba satisfecho al contemplar la felicidad del autor de mis días.

¡Realmente se creía dichoso! de modo, que ¿qué importaba que doña Margarita tuviese defectos si mi padre no les conocía?

Mi madre política, demostrando un gran empeño en complacer la menor indicación de mi padre, decíale con voz dulce:

—¡Cómo tú quieras, José!

En mi madrastra no pude observar hasta entonces nada contrario á mí.

—Pues bien, una tarde estábamos de sobremesa cuando Lucrecia, dijo:

—Mamá, ¿te has olvidado que necesito ir á casa de la modista?

—No, hija mia, no lo olvidé; pero hoy yo no puedo acompañarte.

—Entonces, no sé para cuándo tendré hecho el vestido.

—Salvador puede ir contigo, ¿no es verdad, José?

—Sí, que vaya;—añadió mi padre.

No habia más remedio que obedecer, y contesté:

—No tengo inconveniente.

Mi madrastra me pagó estas frases con una mirada de agradecimiento.

Media hora después se me presentaba Lucrecia diciéndome con la sonrisa en los labios:

—Cuando quieras, estoy lista, Salvador.

Confieso que, como mujer, Lucrecia era bella

Para no querer creer [illegible] sus sentadeudes; y aun sentí un presentimiento que me gritaba:

—No [illegible]

Pero mi [illegible]

Es una serpiente que se arrastra para conseguir sus fines...

Sus halagos, todo cuanto hace es pura hipocrésia; obra del modo que ves, porque sabe que es el camino mas seguro para hacerse por completo dueña del corazon de tu padre.

Por lo demas no te quiere, y tanto es así, que la muerte séria para ella una felicidad.

Tu padre no tiene [illegible]

Mi cuarto, más que el de un estudiante, parecía el de un sibarita.

Mi madrastra lo arregló de nuevo, poniendo en él cuantos muebles pueden necesitarse para estar con verdadera comodidad.

Lucrecia había prohibido á las criadas que le arreglasen y ella se encargó de esta operación, haciéndolo de un modo excesivo.

Si por casualidad me dejaba una cosa mal puesta, al regresar á casa la veía perfectamente colocada en su sitio.

—¡Ay, padre! soy mujer, y conozco el fin que obrando de aquel modo se proponía Lucrecia.

—Sí, es fácil adivinarlo.

Todo aquel cuidado era para hacer que yo me fijase en ella.

Respecto á aquel propósito no era Lucrecia solamente la culpable.

La joven no hacía más que seguir los consejos de doña Margarita.

—¡Qué dice usted!—le interrumpió Sofía con asombro.

—La verdad, hija mía.

¿Le admira de que haya madres que procedan de esta manera? porque no conoce bien el mundo; porque ignora lo que pueden las malas pasiones y hasta dónde son capaces de arrastrarnos.

Hay madres que saben explotar la belleza de sus hijas

para conseguir los fines que se proponen; también las hay más envilecidas que hacen un comercio infame con aquellas á quienes dieron el sér.

Afortunadamente esta clase de madres están en minoría.

¡Ay! Dios debe pedirles en el otro mundo estrecha cuenta de los males que con su modo de obrar cometieron en este.

Ellas son la causa de que sus hijas empiecen una vida de placeres, que casi siempre termina en la miseria y en la desgracia.

Doña Margarita habíase trazado un plan respecto á su hija y á mí, y todo lo que hacía la joven, era para preparar un resultado feliz á los propósitos de su madre.

Estos eran los siguientes:

Conociendo que á la muerte de su esposo, yo sería el único heredero de su fortuna y que una vez llegado este caso, podía separarme de ellas, dejándolas reducidas á una precaria situación, se propuso asegurar el porvenir de su hija, uniéndome con ella, y por lo tanto la continuación de la vida de lujo y comodidades que disfrutaban desde su matrimonio con mi padre.

Ya he dicho que Lucrecia era hermosa, pero su belleza no me inspiraba ninguna simpatía, para esto ha de verse en el semblante de la mujer algo más que la corrección de las líneas, y ese algo que revela la pureza del alma no lo tenía la joven.

Yo la consideraba tan astuta como su madre y por consiguiente de la misma escuela.

A lo mejor notaba en ella ciertos descuidos, á los que entonces no di gran importancia; pero después supe que eran estudiados.

Pero á pesar de todo eso mi corazón permanecia insensible, y cada vez más indiferente á aquellos halagos.

No por esto doña Margarita cambió de conducta para mí.

Antes al contrario esmerábase en todo para conseguir agradarme.

Sospechaba, sin duda, que existía en mí alguna prevención en su contra y trataba á todo trance de que desapareciese.

Lucrecia tampoco me dió á entender la contrariedad que indudablemente habia de producirle mi conducta.

Y más, teniendo en cuenta lo mucho que mortificaba su amor propio de mujer hermosa.

Pero ¡ay! yo amaba con toda mi alma á otra mujer.

Al ideal con quien tantas veces soñé y que al fin logró mi corazón encontrar en su camino.

# CAPITULO XCIV

## Todo se queda en casa

Vuelvo á repetirla que entonces no me fijaba en ninguno de los hechos que relato; pero los he comprendido después,—añadió el padre Salvador.

Mi madre política, viendo el poco resultado que daban mis paseos con Lucrecia, púsose á pensar en las condiciones de su hija.

La hermosura de la joven era incitante y provocativa.

Aquellos ojos, cuando miraban hacíanlo de una manera ardiente, reconcentrando en ellos la llama de las pasiones.

Eran, por decirlo así, una chispa muy capaz de producir un incendio en otro corazón, que no estuviese tan enamorado de otra mujer como el mío.

Muchas veces la sorprendí mirándome con insistencia; entonces el carmín del rubor coloreaba sus mejillas, como si se sintiese avergonzada.

Para proceder con más conocimiento de causa, doña Margarita púsose á estudiar la conducta de su hija para conmigo.

Ya sabe usted que mi padre era completamente esclavo de sus caprichos.

Un día, después de almorzar, mi madrastra, me preguntó:

—Salvador, ¿tienes clase esta tarde?

—No, señora.

—Pues entonces como el día está bueno nos iremos todos de paseo.

¿Qué te parece, José?

—Muy buena idea,—repuso mi padre.

Sentí que mi madrastra tuviese aquel capricho, porque además del disgusto que me causaba, me impedía que fuese á ver á mi novia.

Sin embargo, disimulé, disponiéndome á acompañarlas.

Desde el instante que pisamos la calle, Lucrecia se colocó á mi lado.

Después de pasear decidimos sentarnos; doña Margarita eligió un banco para ella y mi padre, mandándonos que fuésemos á ocupar otro que se hallaba poco distante.

—Ya veo que no perdía la menor ocasión de que usted y Lucrecia estuviesen solos,—interrumpió Sofía.

El sacerdote dejando aparecer una sonrisa en sus labios, respondió:

—Esto no eran más que pequeñeces comparadas con lo que hizo después.

Cuando la mujer se propone conseguir un fin, no hay recurso que no emplee; su constancia no tiene límites, y por más que en su corazón arda la llama del odio, nunca falta en sus labios una sonrisa cariñosa, ni en sus ojos una mirada de amor.

El fingimiento y la perfidia son hermanos, nacieron á la vez, y por esta razón siempre van juntos.

Durante el tiempo que permanecimos sentados, me concreté á responder á las preguntas de Lucrecia, que dicho sea de paso, no eran pocas.

Como ofendida de mi proceder, me dijo:

—Estás muy preocupado, ¿en qué piensas?

—En la lección de mañana,—la respondí, por decir algo.

—¡Bah! Mira no sea en otra cosa que no quieras decirme; las lecciones no preocupan tanto.

¿Es qué no te inspiro confianza?

—Nada de eso.

La lección es de las más difíciles de la asignatura, y la verdad, sentiría ir á clase sin saberla bien, pues estoy segurísimo que mañana me la pregunta el profesor.

Como usted comprenderá, en aquel instante las circunstancias me obligaban á no decir la verdad.

En lo que yo estaba pensando era en el objeto de mis amores.

---

Nuestros paseos se repitieron durante varios días y siempre Lucrecia y yo nos sentábamos á descansar en el mismo sitio, bajo la investigadora mirada de doña Margarita.

Convencida ésta de que su hija no era culpable de mi frialdad para con ella, sospechó si estaría enamorado de otra y se propuso averiguarlo.

Ya sabe usted que en mi cuarto no entraban las criadas sino muy raras veces.

Aprovechando la ocasión de hallarme en la Universidad, penetró doña Margarita en mi gabinete y comenzó á registrarlo todo.

Yo que estaba muy ajeno de que hiciesen una cosa semejante, no tomaba precaución de ninguna clase para guardar la correspondencia de mi amada y dejé en uno de los bolsillos de mi americana un billete que recibí la tarde anterior.

Nunca podré olvidar su contenido, era la primera vez que por escrito me decía los sentimientos que logré inspirarla.

Decía lo siguiente aquella misiva:

«Salvador de mi alma: hace algunas tardes que no vienes á verme.

»¿Qué razón hay para ello?

»¿No sabes que te amo con frenesí, y que cuando llega la hora de la cita y no acudes, mi espíritu se llena de intranquilidad y sufro de un modo horrible?

»¿Es que acaso gozas con martirizarme?

»¿Te has complacido en despertar en mi pecho las pasiones para después olvidarte de la pobre que te ama más que á su vida?

»¡Ingrato!

»¡Por Dios! ven mañana sin falta; necesito hablar contigo.

»No hagas sufrir á tu

*»Elisa.»*

---

Es indudable que al leer este escrito, los ojos de mi madrastra debieron despedir fulgores de odio.

Al fin conocía la causa de que yo no me fijase en los encantos de Lucrecia, de que no hiciera caso de sus significativas insinuaciones.

Sabía doña Margarita que á los diez y ocho años la materia se impone al espíritu, por lo mismo que á aquella edad las pasiones todo lo avasallan.

En fin; el concepto que formó de Elisa, después de leer aquella carta debió ser muy desfavorable.

Aquella señora no sabía que los corazones puros no pueden ocultar sus sentimientos porque en ellos no cabe la perfidia.

—¡Ay, padre! es verdad.

Así lo aprendí en mi primer amor; entonces mis labios sólo expresaban lo que sentía mi alma.

Después, por evitar mayores males, muchas veces se manchan nuestros labios con la mentira.

Doña Margarita no conocería más ley que la del cálculo, cuando pensaba de la manera que usted dice,—agregó Sofía.

—Después de aquel descubrimiento lo natural era que mi madre política variase de conducta ó cuando menos tratara que mis amores concluyesen, empleando para ello la autoridad de mi padre.

Nada de esto hizo. Sabía por experiencia que las pasiones adquieren más vigor cuando son contrariadas; así que disimulando su despecho, seguimos lo mismo que antes y los paseos se repetían con harta frecuencia.

El día que doña Margarita encontró la carta de Elisa, sucedió lo siguiente:

Al ir á dejarla en el mismo bolsillo donde la había hallado, su hija penetraba en mi gabinete alegre y juguetona y al ver á su madre con mi ropa en la mano, la preguntó:

—¿Qué haces, mamá, vienes á quitarme mi puesto?

—No, hija mía, entré aquí sólo por ver como tenías arreglado este gabinete.

—Ahora voy á dar principio á mi tarea, aunque por más que me afano no puedo conseguir que Salvador me diga si está ó no contento de cómo arreglo su habitación.

¡Jesús qué carácter! Si en todas partes es tan serio y tan indiferente como en casa, con dificultad podrá tener amigos.

Para él parece que no hay en el mundo otra cosa más que sus libros.

Siempre que vamos á paseo al preguntarle por qué se preocupa tanto, contesta que por las lecciones.

Doña Margarita, conociendo ya la causa del ningún efecto que me producía la belleza de su hija, se sonrió respondiéndola:

—Déjale, ya cambiará de carácter...

Ahora vamos á ocuparnos de nosotras.

Escúchame, ya tienes la edad necesaria para que pienses en tomar estado.

—¿Y el novio?—objetó la joven, sonriéndose.

—¡Bah! á las jóvenes como tú, nunca las falta un hombre que las quiera.

—No lo niego; pero hasta ahora ninguno me ha dicho una palabra.

Si encontrase un joven de buena presencia, pero sobre todo de buena posición, entonces no me importaría casarme con él.

—Me agrada que pienses con ese juicio,—replicó doña Margarita.

—Parece mentira que en una edad en que el corazón se encuentra lleno de ilusiones, esa joven obedeciese solamente al cálculo,—interrumpió la enferma.

—¿Qué quiere usted? En esta parte no era de Lucrecia toda la culpa.

Las primeras impresiones que se reciben en la infancia son las que informan nuestro modo de obrar en toda la vida.

Seguia la misma escuela de su madre.

Nuevamente tornó á sonreirse doña Margarita, pues sentíase satisfecha de la contestación de su hija, y la repuso:

—No tienes necesidad de esforzarte mucho para encontrar el novio que te conviene.

—¡Ay!... ¿Y dónde está?

—En casa.

¿Te gusta Salvador?

—Aunque bastante serio, es muy simpático,—repuso la joven.

—Pues entonces oye el proyecto que he concebido.

Tú ya sabes que nosotras no tenemos más patrimonio que mi viudedad, la cual he perdido en el momento de casarme; pero que el dia de mañana podrás tú obtener como orfandad.

Con tan pobre recurso no puedes aspirar más que á no morirte de hambre.

Pues bien; Salvador es inmensamente rico, y el dia que falte mi esposo es muy fácil que nosotras volvamos á la estrechez, quedando ese muchacho nadando en la abundancia.

Yo quiero impedir que eso suceda y para ello no hay nada mejor que te cases con tu hermano político.

De este modo todo se queda en casa y las dos seguimos viviendo bien.

¿Qué te parece mi proyecto?

—Excelente,—repuso la joven con alegría.

—¡Oh; qué corazones más interesados!

Parece mentira que una madre llegue hasta ese extremo.

Que sólo vea en su hija un medio utilizable en provecho propio,—interrumpió la enferma.

—Son seres que viven equivocados, creen que la felicidad y la dicha, estriban sólo en el dinero, porque desconocen los goces puros y tranquilos del hogar é ignoran, que donde hay verdadero cariño á muy poco se consigue que la dicha nos muestre su faz sonriente.

Mas pronto se disipó la alegría de la joven recordando que aun no habia merecido de mis labios la menor frase de afecto, que nunca tuve un elogio para su belleza.

Por este motivo, exclamó:

—¡Ay, mamá! ¡lo que tú me dices es muy difícil de conseguir!

—¿Por qué?

—Porque Salvador está siempre muy indiferente conmigo.

Hay momentos en que me parece que no tiene corazón.

—¡Bah! ¿y eso te desespera?

Cuando una muchacha como tú se propone interesar á un hombre, lo consigue siempre.

Lo que precisa es que te muestres constantemente alegre.

La melancolía sólo logra agradar á los espíritus románticos.

Tú consigue hacerte agradable á Salvador, y lo demás corre de mi cuenta.

—Mamá, en esa parte no es posible que pueda hacer más de lo que hago.

—Aun quedan muchos recursos que tocar y que yo te indicaré á su tiempo.

Hasta que llegue la ocasión, sigue mis consejos y ten la confianza de que Salvador no tendrá más remedio que ser tu marido.

Sería la primera vez que yo no saliese adelante con lo que me he propuesto.

Ya sabes que para estas cosas hace falta mucha constancia y por lo visto á ti, como eres joven. la impaciencia te consume.

Ten calma y las cosas se arreglarán á nuestro gusto.

Aquella buena señora, como vulgarmente se dice, estaba decidida á que todo se quedase en casa.

# CAPITULO XCV

## La tela de araña

Dado lo avanzada de su edad, mi padre salía muy poco: algunas tardes y siguiendo su antigua costumbre, íbase al café á pasar un rato con sus amigos.

Como buen anciano era bastante celoso, y en esta parte debo decir que no tenía el menor motivo para ello, pero á su edad los celos son casi inevitables.

Por esta razón, las jóvenes que se casan con ancianos mirando solamente á su fortuna, ignoran que desde el momento de su unión, están sujetas á un continuado martirio.

A mi padre no se le conocían los celos porque les demostrase en sus actos, sino por la expresión suspicaz de su mirada.

Conociendo mi madrastra lo que sucedía, para desva-

necer sus dudas, procuraba estar á su lado casi constantemente.

Además gustábala pasar por mujer laboriosa, y al sentarse al lado de mi padre, siempre daba comienzo á algún trabajo; que después concluían otras manos.

Amiga de la comodidad, era holgazana como pocas, pero en cambio, ya que no sabía hacer las cosas las mandaba á voces; las criadas pronto la conocieron y no hacían el menor caso de sus gritos, que servían sólo para hacer creer á mi padre que su esposa era la actividad en persona.

—Eso es muy común, por algo se ha dicho que las mujeres engañan á sus esposos valiéndose de la aguja de plata; es decir, dando como suyas labores que compran á buen precio,—interrumpió Sofía.

—Halagado por doña Margarita, la existencia de mi padre se deslizaba en continua luna de miel.

Las conversaciones siempre recaían sobre el mismo tema: la felicidad que produce la vida del hogar.

Estas palabras en boca de aquella señora, eran un sarcasmo terrible.

Sólo se comprende que pudiese hablar así pidiendo á su cinismo que la prestase fuerzas para seguir la farsa.

¡Hablar de tranquilidad una mujer que únicamente amaba el lujo y los placeres del mundo, vamos... no sé cómo calificarlo!

Otras veces su conversación recaía sobre el amor.

¡Ay! perdóneme mi padre que juzgue que no hay nada más ridículo que un viejo, hablando de las pasiones, cuando se encuentran enterradas bajo la nieve de los años.

A estar mi padre menos enamorado y menos ciego hubiese podido sorprender en los ojos de su esposa esa expresión que produce el hastío.

El corazón se cansa al fin del disimulo y por diestro que sea en fingir, siempre hay algo dentro de nosotros que se subleva y nos denuncia, pues difícilmente puede sujetarse al espíritu, por mucho tiempo, á las exigencias del egoismo.

Al corazón también le ocurre lo que al caminante, que después de una jornada fatigosa, para seguir su marcha necesita descansar.

—Es verdad; muchas veces los que ocultan perfectamente con sus frases y sus acciones los sentimientos de su corazón, se descubren en una mirada.

La mujer lo que más difícilmente oculta es el hastío, el cansancio moral y material que se apodera de nosotras y con su irresistible fuerza, embarga nuestro sér y ahoga por un momento el disimulo,—añadió la enferma.

—Pues bien; segura mi madre política de que su esposo obraría siempre según ella le indicara, dió principio á sus trabajos de zapa.

Comprendía que para conseguir mi matrimonio con Lucrecia, era necesario que mi padre le aprobara.

Una tarde, estando los esposos en el gabinete, doña

Margarita, después de sostener un largo diálogo, cambiando de conversación le dijo:

—José, ¿sabes que he observado una cosa?

—Tú dirás,—la respondió mi padre.

—Me parece que los chicos se quieren.

—Mejor; asi no tendrán disgustos. Yo me alegro que se lleven como dos verdaderos hermanos.

Mi madrastra quedóse sorprendida al ver que mi padre no comprendía la intención de sus frases, y repuso:

—No es eso lo que te quiero decir.

El cariño que he descubierto es de otra clase.

—¡Ah, diablo! Eso es muy diferente.

No te entendí, porque la verdad, como veo á Salvador tan ocupado en sus estudios, no crei que concediese todavía en su corazón cabida al amor.

—¿Y qué tiene que ver lo uno para lo otro?

Se puede ser buen estudiante y perfecto enamorado.

Me parece que hemos cometido una ligereza autorizando que Salvador acompañase á mi hija.

Mi padre guardó silencio; pues las palabras de su esposa le hicieron recordar que llevaba algún tiempo ocupándose poco de mí.

—Son jóvenes y á su edad las pasiones despiertan fácilmente,—añadió doña Margarita.

—¿Y qué vamos á hacerle si se quieren?

Hay cosas en que el remedio resulta peor que la enfermedad.

—Separarles siquiera por prudencia.

Mandar á mi hija á un colegio, por más que gracias á la educación que yo la he dado, no lo necesita;—repuso tristemente mi madre política.

Por otra parte, tampoco quisiera separarla de mi lado.

A su edad, ¡son tan necesarios para las jóvenes los consejos de una madre!...

Empiezan á ser mujeres y por lo tanto, las es indispensable saber ciertas cosas que no se aprenden en los colegios.

Lo mejor, en mi concepto, sería que tu hijo saliese de casa.

Al fin es hombre, y los hombres en cualquier parte están bien.

Mi padre no contestó; pero en aquel momento la voz de la conciencia parecía decirle:

«Tienes á Salvador casi olvidado; parece que ya no le quieres como antes.»

Lo único que te falta para dárselo á conocer, es enviarle á un colegio; en cuanto lo hagas, has consumado tu obra.

En fin, aquella tarde los remordimientos se apoderaron del corazón de mi padre, y respondió:

—Tranquilízate: hasta la fecha no he observado en mi hijo el menor síntoma que me denuncie su pasión.

—No me extraña. Los hombres no adiviináis estas cosas tan pronto como nosotras,—repuso doña Margarita sonriéndose.

Cuando yo te lo digo, es porque estoy segura de ello.

Te he advertido mis sospechas, porque sentiría que ocurriese algún percance, y prescindiendo del dolor natural que estas cosas producen á una madre, me dolería que tú pudieras decirme que no fuí previsora.

—¡Que infame!

A medida que avanza usted en su relato, veo que es mayor la perversidad de doña Margarita,—agregó Sofía.

—No puede negarse que era previsora,—repuso el padre Salvador con tristeza.

Procedía de aquella manera para prevenirse, ó mejor dicho, preparar el terreno, á fin de que los sucesos que habían de sobrevenir no sorprendieran á mi padre.

Por lo demás, no deseaba doña Margarita que yo saliese de casa; al contrario, mi permanencia en ella era una necesidad indispensable para sus fines.

Estaba segura que mi padre no quería separarme de su lado, y por esta razón se lo propuso.

Si accede á enviarme á un colegio, todos los planes de aquella mujer caen por su base, como castillo de naipes empujado por la mano de un niño.

Mi padre la contestó:

—Tranquilízate; Salvador es muy juicioso, y no dará motivo para que tengamos que reprenderle.

Además, en él hay sentimientos caballerescos y sabe el respeto que se debe á las personas que viven bajo un mismo techo.

—No lo niego: pero á veces la pasión da al traste con todas esas consideraciones.

Un mal cuarto de hora es suficiente para causar un daño irreparable.

—Vamos, Margarita, hoy estás fatalista.

¿Qué importa, después de todo, que los chicos se quieran?

¿No son jóvenes?

¿No están en la edad á propósito para amar?

Pues dejémosles, y si se aman mucho, mejor.

Mi madrastra guardó silencio; había conseguido lo que deseaba; contar con el asentimiento de mi padre; no obstante, ocultando su alegría le respondió:

—Haz lo que creas más conveniente; conoces á tu hijo mejor que yo, y sabes cuál puede ser su proceder.

Además, tampoco quiero que te impongas el sacrificio de separarte de su lado.

—Mira, si tienes empeño en ello, pronto mando á Salvador que traslade sus matrículas á otra Universidad.

Veo que no te gusta que los chicos se miren con buenos ojos, ¿ó es que piensas que Lucrecia sea monja?

Te advierto que me parece que no tiene para ello mucha vocación, —agregó mi padre con jovialidad.

—Nada de eso; y ya que te empeñas, voy á hablarte con franqueza.

Salvador es rico y mi hija carece de dote.

—¿Y qué falta la hace?

—Es que no quisiera que el día de mañana pudiesen decir que yo contribuí á que se casasen, mirando solamente el interés.

—¡Valiente tontería! si en el mundo hiciésemos caso del *qué dirán*, siempre estaríamos con el alma en un hilo.

Salvador es un buen muchacho, Lucrecia no es fea, y no me extraña que simpaticen.

Además, ¿no nos hemos casado nosotros? pues que se casen ellos.

Por mí no hay inconveniente; no quiero contrariar la voluntad de Lucrecia.

—Ni yo la de Salvador.

—Al fin su madre política consiguió el beneplácito de don José; por lo tanto, adivino la lucha que usted habrá tenido que sostener,—le interrumpió la enferma.

—Figúrese usted; tenía tres en mi contra, con la particularidad que mi padre, con su espíritu de rigidez, íbase á convertir en mi mayor enemigo.

Doña Margarita supo astutamente infiltrar en su espíritu la creencia de que yo estaba enamorado de su hija.

Hacerle ver que en mi edad las pasiones no se detienen ante nada; siendo capaces de saltar por encima de los respetos más sagrados.

En fin, no sé si usted se habrá fijado en la manera que las arañas construyen su tela.

Primeramente forman hilos apenas perceptibles, para que sirvan de trama á su obra; después les cruzan, haciendo infinidad de cuadriláteros irregulares.

Ya tienen la red, sólo las falta obstruir las mallas, y para ello emplean un hilo apenas perceptible.

Después de esto, pónense en acecho, esperando el instante que caiga un insecto en su red, para saciar la voracidad que las consume.

Pero ¡ay! en el caso á que hago referencia, la mosca codiciada era yo.

# CAPITULO XCVI

## La declaración

Lo que acabo de referirla, ocurrió en época de exámenes,—prosiguió el sacerdote.

Hice mis ejercicios con buen resultado y al llegar á casa, entregué á mi padre las notas que obtuve.

—Muy bien, hijo mío;—me dijo después de leerlas.

Veo que sabes aprovechar el tiempo y como sigas así pronto concluirás tu carrera.

Toma, vete á enseñarlas á Margarita, que estoy seguro que se alegrará mucho.

Obedecí y mi madre política me llenó de elogios, diciéndome:

—Tienes tres meses de vacaciones, y es justo que durante ellos te diviertas y distraigas.

Ahora ya no hay motivo para que pases la mayor parte del día encerrado en tu habitación estudiando.

A cada época hay que darle lo que es suyo.

Siempre que necesites dinero pídelo.

—La dí gracias por su ofrecimiento y me retiré á mi cuarto, con la firme resolución de no aceptar aquella oferta que consideraba como una burla, puesto que sus generosidades las pagaba mi padre.

Aquel día después de almorzar, me dijo el autor de mis días:

—Salvador, vístete; quiero que hoy vengas á tomar café conmigo.

—Agradecí en el alma esta invitación, pues hacia tiempo que no salíamos solos.

Después de tomar café nos fuimos de paseo.

Primeramente hablamos sobre las asignaturas que constituían el curso próximo, y después vino á recaer la conversación sobre mi madre política.

—Ya eres casi un hombre, y por lo tanto puedes apreciar las cosas con verdadera exactitud.

Vamos... con franqueza, necesito que me digas que tal se porta Margarita contigo.

—Bien,—le contesté,—no tengo de ella la menor queja.

Mi padre se sonrió con satisfacción.

—Ya ves que no es verdad, lo que dice la gente de las

madrastras, las hay que son muy buenas, y Margarita es una de ellas.

Por no mentir guardé silencio, pues si bien ignorando el plan fraguado en mi contra no tenía queja de ella, en cambio mi repugnancia cada vez era mayor.

Mi padre prosiguió:

—También quiero que me digas qué concepto te merece mi esposa.

—Bueno,—repuse con frialdad, que mi padre conoció.

—Tu respuesta no me satisface.

Ese bueno es muy frío, y me dá á entender que tienes algún resentimiento con ella, y si es así, haces mal en no decírmelo.

—No, papá, no tengo la menor queja.

—Me alegro mucho, pero contesta á la pregunta que te he dirigido.

—¿Qué quieres que diga?

Comprende que aunque mi madre política me mereciese un concepto desventajoso, no iba á decirlo; por fortuna no he observado en ella nada que sea censurable.

—Conforme; pero la frialdad con que me contestabas me hacía sospechar otra cosa.

Yo me alegro que opinemos de igual manera, pues ante todo deseo la paz en mi casa.

—Hasta la fecha, no creo haberla turbado.

—No, hijo mío, y te doy por ello las gracias.

Seguimos paseando, hasta llegar al banco en que nos sentábamos Lucrecia y yo.

Después de acomodarnos en él, mi padre me dijo:

—Hay cosas que por muy reservadas que quieran tenerse al fin se saben.

Yo le miré con alguna inquietud no acertando á comprender lo que aquellas frases significaban.

—Lo que he sabido, no es cosa que merezca censura; en tu edad es muy natural, pero lo que sí me extraña es que lo tengas tan oculto, y la verdad eso me disgusta.

Yo quiero que conmigo seas más franco: ya no eres ningún niño al que hay que castigar por sus travesuras, y enseñarle lo que debe hacer; veo en tí mucho juicio y por lo mismo quiero que me trates no como padre sino como á un amigo.

—No sé qué me quieres decir con eso.

—Sí que lo sabes.

Antes todo me lo consultabas, pero ahora te has vuelto más reservado, lo que me indica que he perdido tu confianza.

No supe qué contestar.

Mi padre tenía razón; mas no era yo el culpable de aquella desconfianza.

Solamente comparando la conducta observada conmigo antes de su casamiento y la que siguió después, era como él mismo podía darse la contestación.

—Es verdad, el desvío de los padres, hace que los hijos pierdan la confianza que les inspiran.

Su padre de usted desde que se casó no se cuidaba más que de su esposa, por lo tanto no debia extrañarse que usted no fuese á consultarle sus asuntos como en otro tiempo,—agregó Sofia.

—Asi es, por cierto que su conducta me causó más de una mortificación que supe ahogar sin que la conociesen.

—¿Qué me dices?—agregó.

—Nada, empiezo por no saber á lo qué te refieres, pues yo sigo queriéndote lo mismo ó más que antes.

—Eso no es verdad, y si tuviese alguna duda respecto á tu falta de franqueza para conmigo, bastaria á disiparla la preocupación que te embarga en este momento.

—Salvador, en poco tiempo has cambiado mucho y te muestras retraido en un asunto que debías haberme confesado con entera franqueza.

¿Pues que es algún delito, seguir la senda que todos hemos recorrido?

Lo censurable es el silencio, máxime cuando yo no trato de violentar tu voluntad.

Estas frases me llenaron de asombro y pronto comprendí á cuál era el asunto á que mi padre se referia.

Eran conocidos por él mis amores con Elisa, ¿mas cómo? ¡si yo no habia cometido la menor imprudencia que les denunciase!

¡Ay! no sé lo qué sucede en el primer amor, mas parece que le profanan cuando alguien se entera de él.

Quise fingir serenidad y no pude, mi semblante estaba

pálido, el corazón me latía con fuerza, y mis músculos se agitaban como si tuviesen azogue.

A todo esto, mi padre seguía mirándome con fijeza y al notar mi emoción, una sonrisa burlona apareció en sus labios.

—Lo ves,—repitió.—Hay cosas que por quererlas guardar tanto salen á la cara en seguida.

En un momento has cambiado de color tres ó cuatro veces, sin contar lo que habrás sentido en el corazón.

Si á mí también me ha sucedido lo mismo y en esta parte no puedes engañarme.

Vamos, si me hablas con entera franqueza, si no me ocultas la verdad estoy decidido hasta á ayudarte.

Yo bajé la cabeza lleno de rubor.

—Lo comprendo: la confesión de la primera pasión siempre nos la causa,—agregó Sofía, suspirando con tristeza, al recordar sus amores con Julio.

—Mi padre, dándome un golpecito en el hombro, añadió alegremente:

—Vamos, voy á acudir en tu auxilio.

Estás enamorado, ¿no es verdad? No lo niegues, porque entonces te llamaría mentiroso é hipócrita.

—Pues bien, padre mío, amo con toda mi alma,—le respondí con vehemencia, desahogando las angustias de mi corazón.

—¡Gracias á Dios que te has explicado!

Trabajillo me ha costado, pero al fin he conseguido que hables.

¿Y ella te corresponde?

—Si; nos queremos con frenesí.

—Me alegro, ¿pero has pensado bien en lo que afirmas? ¿Estás seguro que la quieres con verdadera pasión y que tu cariño no es un devaneo?

—Padre mío. Ese amor durará en mi pecho tanto como mi existencia.

—¿Y ella te corresponde con igual afecto?

No dudes que los enamorados son ciegos y ven las cosas de color de rosa.

—¡Pobre señor! —interrumpió la enferma.—Nadie mejor que él podía hablar de ese modo.

Verdad que por algo se ha dicho que se ven los defectos ajenos antes que los propios.

—Estoy seguro de que me corresponde con la misma fe, le respondí.

Es digna de mi amor y nadie puede ponerle la menor tacha.

—Repito que me alegro.

Mas ahora he de decirte que has hecho muy mal en tenerlo oculto; y que en seguida que te enamoraste debiste decírmelo.

—¿Qué quieres papá? esas cosas siempre causa trabajo confesarlas.

—Bien; quedo satisfecho de tu franqueza, y estés seguro que no pienso torcer tu inclinación en un asunto tan delicado como éste.

No quiero que algún día puedas decir que soy el causante de tu desgracia.

Vas teniendo edad para saber lo que te conviene y aunque eres muy joven para casarte, en cambio creo que ni á ella ni á tí os faltará paciencia para esperar algunos años.

—¡Oh! esperaremos todo cuanto sea necesario.

---

Una sonrisa de júbilo apareció en los labios de mi padre al oir la vehemencia con que me expresaba.

—Siendo así, el día que termines tu carrera, contando ya con una posición independiente, entonces os casáis, y asunto concluido.

Es lo que hacen todos los enamorados, y tú no has de ser menos.

Estas frases inundaron de júbilo mi corazón.

¡Oh! mi padre aprobaba mis amores y, por lo tanto, no tendría que sostener para ver colmada mi ambición, esa lucha terrible que se entabla en las familias cuando los padres quieren obligar á sus hijos á que se casen á su gusto.

¡Ay! ¡aquella tarde todo me sonreía!

El sol brillaba con más fuerza, el canto de las aves era más alegre, y más frondoso el jardín donde nos paseábamos.

Mi pecho estaba inundado de poesía, y por esta razón veíala reflejada en toda la naturaleza.

Y sin embargo,—añadió el sacerdote dolorosamente,—aquel júbilo era pura ilusión.

¡Ay! yo creia que era á Elisa á quien mi padre se referia, pero sus preguntas eran con objeto de cerciorarse si era cierto lo que le dijo mi madre política.

---

Al regresar á casa, en nuestros semblantes se reflejaba la dicha.

Ambos íbamos satisfechos.

De pronto, mi padre me dijo:

—Mira, Salvador; no olvides lo que voy á decirte.

Ante todo eres caballero, y el hombre ha de conducirse siempre como á tal.

Si alguna vez se despiertan en tí impuros deseos, ahógalos.

Jamás faltes atrevidamente á la mujer que amas, que un placer fugaz cuesta muchos años de lágrimas.

—Padre mío, la amo demasiado para manchar su pureza.

Mi padre, estrechándome la mano, me respondió:

—Así me gusta, que nunca olvides tus deberes de caballero.

¡Dios sabe lo mucho que te agradeceré, me cumplas lo que acabas de ofrecerme!

# CAPITULO XCVII

## Mucha muleta

Cuando la felicidad inunda nuestro corazón, se vencen más fácilmente ciertas repugnancias.

Yo penetré en mi cuarto tan alegre que, al hallarme solo, faltó muy poco para que saltase de gozo.

Llegó el instante de sentarnos á la mesa, y yo estuve más comunicativo y más complaciente que nunca.

Mi madrastra se admiraba de oirme hablar. Lucrecia pagó con sonrisas mis galanterías para con ella, y observé que mi padre y doña Margarita se miraban de un modo significativo.

A los postres, dijo mi madrastra política:

—José, Salvador querrá ir esta noche al teatro, ó cuando menos á pasar un rato con sus amigos; dale, pues, dinero.

—Ya le tengo dicho que siempre que le necesite me lo pida.

—¡Bah! tú te olvidas que á los muchachos no les gusta hacer ciertas peticiones.

—Tengo dinero,—objeté.

—No importa, Margarita tiene razón, y ya que has aprovechado el curso, no quiero que te prives de nada.

Te doy permiso para ir todas las noches al teatro ó al café, donde quieras.

Tomé el dinero que me dió mi padre, y poco después salía de mi casa aguijoneado por la impaciencia.

¡Oh! deseaba contar á Elisa lo sucedido, decirla que mi padre aprobaba nuestros amores y que tan pronto como concluyese mi carrera nos casaríamos.

Inútil me parece decir á usted que aquella noche fué una de las más felices de mi vida.

Elisa y yo lloramos de placer, y la infeliz me prometió aprovechar una ocasión oportuna para manifestar á su madre nuestras relaciones.

En fin, hicimos multitud de castillos en el aire sobre nuestro porvenir.

—Lo comprendo; también yo les hice en días más felices, cuando aun no sospechaba que el infortunio iba á envolverme en su negro manto.

¡Se necesita tan poco para que la juventnd se deje arrastrar por la ilusión!—añadió Sofía.

—La oficiosidad de doña Margarita para que me permitiesen salir por las noches, tenía su objeto.

Apenas se quedaron solos, mi padre la dijo:

—Teniendo en cuenta lo que me manifestastes hace algunos días, esta tarde he hablado con mi hijo.

En aquel momento mi madre política debió sentir escalofríos.

Era muy probable que yo hubiese dicho á mi padre, lo contrario de lo que ella le había asegurado.

Mas como estaba dispuesta á seguir su farsa, se previno.

Mi padre continuó:

—Aunque Salvador parece poco comunicativo, conmigo lo es, sobre todo si se le pregunta con habilidad; pues los jóvenes viendo una cara seria, se retraen y no hay quien les arranque una palabra.

—¿Y qué te ha dicho?—le interrumpió mi madrastra con impaciencia.

—¿Pues qué ha de decirme? ¡qué está enamorado!

Que en su pecho arde la llama de una pasión inextinguible, cosa que no me extraña, pues dado su carácter es poco amigo de devaneos.

—¿Y de quién?—agregó mi madre política sonriéndose intencionadamente.

—¿Pues de quién ha de ser? de Lucrecia.

¿Acaso ha tenido tiempo para fijarse en otra mujer?

En fin, trabajillo me ha costado arrancarle esta confesión.

—Pero si usted no reveló ningún nombre,—repuso Sofía con extrañeza.

—Es que mi padre no creía que yo pudiera sentir amor por otra joven, más que por su hijastra.

Además, las equivocaciones no siempre dan origen á sainetes, también ocasionan dramas.

Muy duro se le hacía á doña Margarita creer lo que escuchaba; pero como su esposo la dijo que era Lucrecia el objeto de mis amoríos, se abstuvo de manifestar sus dudas y le respondió:

—Ya ves como no me había equivocado al decirte que nuestros hijos se amaban.

—Ya lo creo, las mujeres para esas cosas tenéis gran penetración; en cambio yo hasta esta noche, no he reparado en lo más mínimo.

—Es natural que delante de nosotros se muestren reservados.

—Pues ahora ya no hay motivo para ello, desde el momento en que le he dicho que apruebo esos amores, es lo mismo que darle permiso para que delante de mí hablase con Lucrecia; por eso sin duda esta noche ha estado con ella más expansivo.

¿No te has fijado?

—Sí, con grande extrañeza mía le he visto mostrarse más galante que de costumbre.

—Y mira lo que son las cosas, ahora recuerdo que cometí una torpeza, no acertando á explicarme el retraimiento de Salvador, cuando es la cosa más común en los enamorados.

—Pero en resumidas cuentas ¿qué te ha dicho?

—¿Quieres que lo repita? que desea casarse con Lucrecia.

—En fin, yo me alegro que los dos piensen del mismo modo, pero te advierto que les vigilaré constantemente.

—No hace falta,—le objetó mi padre.

Le he hecho presente el disgusto que me causaría si procediera mal, y me ha contestado:

«La amo mucho para faltarla.»

Por lo tanto te aseguro que Salvador cumplirá su promesa, al pié de la letra.

—Bien; pero á pesar de tus seguridades yo tomaré las mías.

En estos asuntos no hay que fiarse de las palabras; también los caballeros enardecidos por la pasión, suelen olvidar sus promesas.

Como doña Margarita estaba en antecedentes, no podía dar entero crédito á las palabras de mi padre.

La carta de Elisa era demasiado apasionada para creer que fué escrita sin que yo la hubiese dado pruebas de mi cariño.

Además, la seriedad de mi carácter no la permitía pensar que yo tuviese devaneos.

Pero ¿y lo dicho por mi padre? ¿y mi conducta en la mesa?

¿No eran una prueba de mi cariño hacia Lucrecia?

De lo contrario, ¿á qué obedecía aquel cambio de proceder?

Estas preguntas se las hizo mi madrastra, acabando por creer que yo estaba casi enamorado de su hija y que mis amores con Elisa, eran lo que se llama un pasatiempo estudiantil.

—Es raro; pues teniendo en cuenta la suspicacia de la mujer en esos asuntos...—objetó Sofía.

—Sí, pero no hay que olvidar que la ambición pone una venda en los espíritus más suspicaces;—interrumpió el padre Salvador.

¿No comprende usted que yo no era uno de esos hombres que buscan las madres para yernos por sus buenas cualidades?

¿Que doña Margarita no se fijó en las mías para nada, viendo en mí solamente al capitalista que poseía lo necesario para satisfacer su ambición?

¿Pues qué? si aun dentro de su perversidad hubiera pensado con calma, ¿cree usted que hubiese hecho ciertas cosas?

De ningún modo; también los malvados se detienen ante ciertas consideraciones, y sólo en casos muy extremos juegan el todo por el todo.

—Tiene usted razón,—repuso Sofía.

—El deseo de riquezas se filtra en nuestro espíritu y nos empuja de tal modo, que no podemos resistirle.

---

Aquella misma noche madre é hija celebraron una conferencia.

Doña Margarita la preguntó:

—¿Te ha participado Salvador que te quiere?

—No, mamá; no me ha dicho una palabra. Esta noche es la primera vez que se muestra atento conmigo.

Ya sabes que por más que hago, no puedo conseguir que se explique.

¡Parece que tiene el corazón de hielo!

—Es raro: yo crei que me ocultabas algo con el fin de darme una sorpresa.

—¿Por qué me dices eso?

—Muy sencillo: porque Salvador te ama.

—Entonces, ¿por qué no me lo dice?

¿Acaso teme que yo no acoja bien sus pretensiones? ¿no he hecho lo bastante para infundirle valor?

—¡Quién sabe!

Doña Margarita refirió á su hija cuanto mi padre la había dicho.

La joven no pudo ocultar su extrañeza y repuso:

—Lo que acaba de decirme es muy raro. A mí me parece lo más natural que antes que á su padre, era á mí á quien debía manifestar sus sentimientos.

—Es verdad; mas no nos ocupemos de ese detalle: dado lo particular del carácter de Salvador, no debe extrañarnos lo sucedido.

Ahora lo conveniente es que tú sepas inspirarle cada día más interés, hasta lograr que no tenga más voluntad que la tuya.

En una palabra, que puedas hacer de él cuanto te dé la gana.

Hija mía, á los hombres hay que tratartes de cierta manera, con mucha trastienda.

Si dejamos que nos dominen, ¡pobres de nosotras! se convierten en verdugos, haciéndonos sentir el peso de su fuerza y de su autoridad.

Si por el contrario, tiene la mujer el talento suficiente para hacerles esclavos de sus caprichos, entonces ella es la reina absoluta y sus deseos son leyes que se acatan sin replicar.

Ahora elige, entre ser la esclava que ha de sufrirlo todo sin quejarse ó la dueña que manda sin límites.

—La elección no es dudosa, prefiero mandar;—respondió la joven; agregando:

Mas á todo esto, ¿tú crees que Salvador me quiere?

—¡Vaya si te quiere!

—Pues yo sigo opinando de distinta manera que tú.

Doña Margarita después de sonreirse, repuso:

—No me extraña que pienses de ese modo; aun no tienes edad para conocer á los hombres.

¿No sabes que cuanto más profundo es el amor que siente el corazón más reservado se le tiene?

Tú sigue dando á Salvador confianzas, y él acabará por declararte su cariño.

Hija mía, con los hombres hay que tener una *muleta* especial: un trasteo más difícil de lo que parece; por fortuna acuden al engaño cuando no le conocen; pero si son listos y descubren nuestro juego, ¡el demonio que les aguante!

Ante todo, lo primero que debemos procurar es hacerles creer que les consideramos superiores á nosotras, no llevarles en nada la contraria, dejándoles en la creencia de que tienen razón, y luego con mucha dulzura se les dice que aquello no es conveniente, y unas cuantas frases de cariño empleadas á tiempo, dan mejores resultados que todos los argumentos que suministra la lógica.

La mujer que sabe suplicar, termina mandando.

—¡Oh! excelente madre.

No tenia el menor inconveniente en arrancar del pecho de su hija, ese sentimiento de pudor y delicadeza que nace con la mujer,—agregó la enferma.

—¿Y para qué habia de molestarse en mantenerle incólume?

Además, ya mató las ilusiones de su juventud antes casi de que nacieran, educándola en el amor al lujo y á la holganza.

El pudor es necesario á las mujeres honestas que piensan en la paz del hogar, y en el trabajo.

¿Si conservasen un solo resto de esta virtud, existirian las meretrices?

Es indudable que no.

Lucrecia, no comprendiendo bien las palabras de doña Margarita, repuso:

—Bueno, mamá; ¿pero á qué viene todo lo que acabas de decirme?

¡Si aun no sé si Salvador me quiere! Y además, por ahora no puede pasar de la categoria de novio.

—¡Qué tonta eres!

Te hago esas advertencias, para que vayas preparando el terreno.

A los hombres se les educa desde novios para que sean maridos á nuestro gusto.

Y sobre todo, no olvides lo que te he dicho: mucha *muleta*, es decir, mucha astucia si no quieres hacerte infeliz para toda la vida.

Doña Margarita cortó este diálogo, saliendo de la habitación de su hija.

# CAPITULO XCVIII

## Elisa

Pocos días después de la confesión que hice á mi padre, supe que Elisa iba á ir al teatro en compañía de unas amigas, y las localidades que ocuparían. Sin pérdida de tiempo fuí á Jovellanos en busca de una butaca que estuviese situada detrás de la de mi prometida.

Tuve la fortuna de encontrarla y regresé á mi casa, deseando que á mi madre política no le diese la idea de salir á aquella noche.

Sirviéndome del permiso que mi padre me concedió, después de comer, le dije:

—¿Me necesitan ustedes para algo?

—No, hijo mio, puedes marcharte cuando quieras.

—Mucha prisa tienes.

¿Te esperan los amigos?—preguntó doña Margarita.

—Sí, señora.

Salí de casa muy contento ante la idea de pasar algunas horas al lado de mi amada.

---

A poco de mi salida, recibió mi padre una esquela de un amigo, que le remitía un palco para la Zarzuela.

—Esta noche que no puedo ir dispongo de localidad gratis,—dijo mi padre mostrando el palco á su esposa.

—¿Y se va á perder? ¿Es una lástima?—añadió Lucrecia.

—Hija, ¿y qué quieres que le haga?

Id vosotras.

—Eso no, prefiero que se pierda que ir solas al teatro, —agregó mi madrastra.

—No veo la razón, en un palco proscenio y en compañía de tu hija, nadie te molestará.

—Hay tanto atrevido por esas calles y tienen tan poco respeto á las señoras, que no quiero ir sola.

¿Por qué no nos acompañas?

—No puedo, me están esperando en el Círculo Mercantil para tratar de un asunto muy importante, y al no ir, daría pruebas de tener poca formalidad.

No obstante, haremos otra cosa, os acompaño hasta el teatro y cuando termine mis asuntos voy á buscaros.

—Acepto por Lucrecia. La función de esta noche es bonita, y no quiero que se quede sin verla.

Por lo demás, ya sabes que no acompañándome tú no estoy á gusto,—repuso mi madre política con zalamería.

Mi padre pagó estas frases, con una sonrisa de cariño.

—Tal vez doña Margarita desearía más que su hija ir al teatro,—interrumpió Sofía.

—Sí, señora; solamente que mi madrastra sabía engañar á su esposo, haciéndole ver las cosas de un modo muy distinto de lo que en realidad eran.

Aquellas frases de cariño no eran más que resortes que tocaba á tiempo, para aumentar su dominio sobre mi padre.

Doña Margarita recomendó á su hija después de indicarla qué vestido debía ponerse, que se diera prisa, pues de cualquier modo iban bien; este era otro medio para ocultar su coquetería.

Acompañadas por mi padre, llegaron al teatro; una vez en el palco, quitáronse los abrigos y después de contemplar en el espejo sus peinados para ver si sufrieron algún desarreglo, tomaron asiento.

Desde el sitio que ocupaban dominaban perfectamente todo el salón, que en honor á la verdad estaba brillantísimo.

Era en esa temporada en que aun no está abierto el Real, y los amantes de la música acudían á oir nuestras

producciones, muchas de las cuales casi pueden competir con las óperas.

En el momento en que el director de orquesta ocupaba su puesto, penetré en el salón juntamente con aquellos espectadores de los que se dice que llegan en el instante de molestar al público con el ruido de sus pasos.

Elisa, en unión de sus amigas, ocupaban butacas de la sexta fila.

Al ver á mi amada sentí latir mi corazón, y sin importarme un ardite el resto de los espectadores, reconcentré en ella mis miradas.

En aquel momento, Lucrecia me descubrió, diciendo á doña Margarita:

—¡Mamá! mira dónde está Salvador.

¡Y nosotras que creíamos que se iría con sus amigos!

—Tal vez venga con alguno de ellos.

—No, mamá; acaba de pararse enfrente de su asiento sin saludar á los que ocupan los inmediatos.

Fíjate: ahora estrecha la mano de una joven que está delante de él,—agregó Lucrecia sintiendo el aguijón del despecho, y no digo de los celos, porque esos no mortifican más que á las personas que aman.

—Ciertamente, lo que Lucrecia sentía era su amor propio de mujer mortificado.

Su odio no era á la rival que nos roba el corazón del hombre que amamos, y sí, el despecho que siempre produce, el contemplar que otra mujer es preferida á nosotras,—añadió Sofía.

Mas como en aquel instante estrechase la mano de las que acompañaban á Elisa, mi madrastra agregó:

—También saluda á las que están á su lado.

Serán conocidas.

Veo que á Salvador le gusta divertirse solo.

Lucrecia hizo un ademán, dando á entender que las palabras de su madre no la satisfacían.

—Era natural; en esos casos la mujer tiene un instinto maravilloso, y no necesita saber ciertas cosas para adivinarlas.

Los celos despiertan en nuestro corazón con una facilidad pasmosa; siendo lo raro que nos equivocamos muy pocas veces,—añadió la enferma.

—En asuntos de amor, la mujer nace dispuesta á adivinarlo todo.

Pues bien; al comenzar la representación, mi amada y yo cambiamos una mirada llena de fuego.

¿Qué nos importaban las escenas de amor fingido, que con música ó sin ella pudiesen desarrollarse en el escenario ante la grandeza del nuestro?

Apoyé mis brazos en el respaldo de las butacas que ocupaban ella y su amiga, descansando sobre ellos mi cabeza.

Comenzamos ese diálogo peculiar de los enamorados, que con un monosílabo apoyado con el fuego de una mirada expresan, lo que en otras ocasiones sería necesario emplear muchísimas palabras.

Desde aquel momento madre é hija no separaron de mí sus miradas.

Doña Margarita obrando con la astucia que le era peculiar, dijo á Lucrecia:

—Escóndete un poco, no quiero que te vea; así le preguntaremos mañana donde fué al salir de casa, á ver si nos dice la verdad.

De este pretexto se servía para impedir que adquiriesen más fuerza las sospechas nacidas en el pecho de la joven, y al mismo tiempo poder estudiarnos más á su sabor.

Como estaba en antecedentes, gracias á la carta que encontró en el bolsillo de mi americana, púsose á pensar en si sería Elisa la joven con quien yo estaba hablando.

Los enamorados pronto se conocen, podrán hablar de manera que sus frases oculten los sentimientos del corazón, mas se les descubre por el brillo que se refleja en sus miradas.

Nosotros no nos cuidábamos de nadie, pues la dicha es indiscreta y comete mil imprudencias.

---

A pesar de la recomendación que la hizo su madre, Lucrecia asomó su cabeza más de una vez.

Al contemplar nuestra actitud, dijo:

—¡Ay, mamá! Los amigos me parecen que no hablan del modo que Salvador y esa joven lo hacen.

Fíjate y verás como ella se sonríe de cierta manera.

Parece interesarla mucho lo que la dice Salvador.

—¡Qué tonta eres!

¿A qué resulta ahora que cometes la simpleza de tener celos?

Ya te he dicho que Salvador te quiere con efusión.

—Mas á pesar de estas frases, mi madre política pensaba continuamente si aquella joven sería Elisa.

Si lo era, entonces su esposo la engañó, ó lo que parecía más probable, yo mentí á mi padre de una manera descarada.

El despecho se apoderó del corazón de doña Margarita, sospechando que para conseguir sus fines tendría que emplear nuevos ardides.

Conoció también que si lo que ella juzgó un devaneo, eran unos amores formales, yo no haría caso de los encantos de Lucrecia, y que todos los recursos que pusiese en juego para que me fijase en ellos, serían inútiles.

—¡Oh! si con el fuego de sus ojos hubiese podido aniquilarla ¡pobre Elisa!

---

En tanto que mi madrastra y su hija ocultándose sus impresiones se consumían por el despecho que las ahogaba, yo era completamente feliz.

Terminó el primer acto y abandoné el salón.

Entonces doña Margarita aprovechando esta circunstancia, añadió:

—Ves, hija mía, ahora las ha dejado.

Si alguna de ellas fuese su novia, ésta segura que no se hubiese movido.

Los amantes aprovechan todos los momentos posibles para cambiar una frase ó una sonrisa con la mujer que les interesa.

Lucrecia fijó sobre las jóvenes sus gemelos.

—Ese examen no le perdona ninguna mujer.

Ante todo nos gusta estudiar detenidamente á la que creemos nuestra rival, comparando su belleza con la nuestra, y si al fin la reconocemos alguna superioridad, entonces nuestro odio es mayor.

La declaramos una guerra sorda aprovechando todas las ocasiones que nos son favorables para hacerla daño, —agregó la enferma.

—Pues tanto Elisa, como su amiga eran más hermosas que Lucrecia, pues aparte de la belleza de sus facciones, poseían ese atractivo que presta el candor.

La hija volvió á manifestar sus sospechas á su madre en el momento que yo entraba en el salón llevando en la mano un paquete de caramelos.

Al ver que empezaba á repartirles entre ellas, añadió en el colmo de su despecho:

—Ahora las obsequia.

—Es muy natural que proceda de ese modo.

Es una galantería á la que está obligado todo caballero.

—Pues conmigo no se muestra nunca así de galante.

Cuandó me acompaña á alguna parte, maldito si se le ocurre hacerme el más pequeño obsequio.

Doña Margarita, no sabiendo qué contestar, se mordió los labios de despecho.

Su hija tenía razón, y á pesar de su inexperiencia era difícil engañarla.

—¡Bah! te fijas en cosas que no merecen la pena.

Ya verás, como Salvador se muestra en lo sucesivo más obsequioso contigo que hasta aquí.

Bueno es que tenga amigas jóvenes, pues así aprenderá lo que hoy no sabe.

---

Durante el resto de la función no dejaron de observarnos.

Doña Margarita conoció claramente que yo estaba enamorado de Elisa, pues mi conducta para con ella se lo ponía de manifiesto.

Mas recordando lo que la dijo mi padre y dispuesta también por su ambición á la duda, necesitaba ver algo más para quedar convencida.

Es decir que en aquel instante hubiese hecho lo indecible por saber si aquella joven se llamaba Elisa.

Es más, hasta sentía que su esposo fuera á buscarlas, pues, desde el momento en que llegase tendría que suspender sus observaciones.

---

La función se terminó.

Elisa y yo, sin habernos fijado en ella, nos pareció muy corta, y por mi parte, estaba dispuesto á creer que la mitad de la obra había sido suprimida.

Mientras mi amada y sus amigas se ponían los abrigos, yo permanecí en mi puesto, aprovechando aquellos momentos para recrearme contemplándola.

Para jurarla una vez más que la quería con toda mi alma.

¡Ay! cuán ajeno estaba de que éramos objeto de miradas de odio, ¡nosotros que al sentirnos felices, el mundo nos parecía un paraíso!

Al pronunciar estas frases, del pecho del padre Salvador salieron profundos suspiros.

Aunque sacerdote, también conservaba en su alma los recuerdos de su primer amor.

—Mi madre política, para desvanecer sus dudas, concibió una idea, y dirigiéndose á Lucrecia, la dijo:

—Pronto, ponte la toquilla de modo que te tape la cara lo más posible.

La joven obedeció, y mucho antes que Elisa se hubiese puesto su abrigo, salían ellas del palco.

Hay en Madrid pocos teatros que se presten mejor que el de la Zarzuela, á cierta clase de observaciones.

Doña Margarita y su hija fueron á colocarse fuera de la puerta de entrada, próximas al despacho de billetes.

Aquel sitio era el mejor, por ser el punto por donde se aproximaban los coches.

Cuando salíamos nosotros, ellas ya estaban en su observatorio.

Yo me adelanté unos pasos para llamar al cochero, y poco después deteníase ante la puerta un lujoso carruaje en el que montaron la amiga de Luisa y su mamá.

Mi amada y yo permanecimos un momento contemplándonos y con las manos unidas.

Al observarlo, Lucrecia dijo á su madre:

—Son más que amigos. Se contemplan con demasiada ternura.

¡Ay! ¡bien lo sospeché, Salvador no me quiere!

Su madre no la contestó: en aquel instante no estaba para discutir.

Toda su atención la tenía reconcentrada en un nombre, tan pronto como se pronunciase salía de dudas.

Como Elisa fué al teatro invitada por sus amigas, éstas tenían el deber de llevarla á su casa.

Viendo que nosotros seguíamos ensimismados, la dijeron:

—Vamos, Elisa, sube.

La joven obedeció, el carruaje emprendió la marcha, y yo me quedé contemplándole.

Doña Margarita ya sabía lo que necesitaba, y volviéndose á su hija, la dijo con la mirada centelleante por el odio:

—No te aflijas, yo me las entenderé con ese mequetrefe.